

3. EL AMOR ES LA FUENTE DE LA JUSTICIA

"Todos tus mandamientos son justicia". - David

"El amor es el cumplimiento de la ley". - Pablo

El amor es el único atributo de Dios, del que surgen todos los demás atributos, el todo en el todo de Dios; y por eso el pasado, con sus faltas y fracasos, y el futuro, con sus temores, si confiamos en él, descansan con seguridad en las manos del Amor. Pero, dice uno, ¿por qué es tan importante saber esto?

Como no decir nada acerca de la indecible alegría de este conocimiento; todo el poder del Evangelio de Cristo para transformar el alma y obrar en nosotros la justicia, depende de ello. Toda la justicia de Dios se resume en los Diez Mandamientos, por lo que David dice: "La ley del Señor es perfecta"; y, "todos tus mandamientos son justicia". Dios dice, "Escuchadme, los que conocéis la justicia, el pueblo en cuyo corazón está mi ley". Así se ve que tener la justicia de Dios en el corazón es simplemente tener la ley de Dios escrita allí. Jesús resume toda la ley, y por consiguiente, todo el deber moral del hombre,

en los dos principios del amor a Dios y el amor al hombre. Juan reduce estos principios a uno solo: el amor a Dios, mostrando que si amamos a Dios, el Padre, amaremos al hombre, su hijo, nuestro hermano. Así, Pablo resume todo el deber del hombre y toda la justicia de Dios en una sola palabra, diciendo: "El amor es el cumplimiento de la ley", y Juan corrobora esta proposición diciendo: "El que guarda su palabra, en él se perfecciona el amor de Dios". Así, el amor que habita en el corazón del hombre es el cumplimiento de toda justicia, y el odio que habita en él es la iniquidad, y todo el conflicto de los siglos es simplemente el conflicto de estos dos principios en los corazones de las criaturas de Dios.

Pero, ¿qué es lo que va a cambiar nuestros corazones que están tan llenos de odio, en corazones que estén llenos de amor? ¿Cuál es la fuente de todo este amor? Juan responde diciendo: "El amor es de Dios; y todo el que ama ha nacido de Dios". Y así es; lo que es semejante engendra lo que es semejante, este poderoso, constante y omnipresente amor de Dios, que nos sostiene, nos envuelve, y nos abraza con él, engendra un amor similar que nos lleva a extender las manos en un amor compasivo y solidario a todas sus criaturas. Y esto es justicia, la justicia de Dios, y ninguna otra cosa es justicia.

Supongamos que fuera posible para el hombre hacer el bien simplemente para ganar el cielo. Ese mismo deseo acariciado persistente e irreflexivamente, cuando tantos otros descienden a la muerte, sería en sí mismo egoísmo y pecado. Cristo Jesús renunció al cielo, considerando que no era una cosa a la que había que aferrarse cuando el hombre estaba perdido. Supongamos que fuera posible hacer el bien por miedo al infierno; eso, en el mejor de los casos, sería una especie de cobardía. que no se atreviera a ir donde creía que iban tantos otros. Todo esto no sería más que una justicia externa, una limpieza exterior de la copa y del plato. El verdadero principio de justicia, que es el amor mismo, faltaría, y así no habría justicia de Dios, sino

sólo la justicia propia, que es como trapos de inmundicia ante sus ojos. Hay verdad y belleza en la vieja leyenda de un ángel con una regadera en una mano y un incensario en la otra, vertiendo agua sobre las llamas del infierno, mientras hacía subir el humo y oscurecía la gloria del cielo para que los hombres hicieran el bien simplemente por amor al bien.

Recordemos que el amor al bien y el amor a Dios son una misma cosa, porque en la concepción de todos los hombres fieles Dios es la encarnación de lo supremamente correcto, el bien supremo. Si, pues, el amor a Dios es el alma y la sustancia de toda justicia, ¿cómo debemos amarlo?

Mejor preguntemos: "¿Por qué, siendo él tan amoroso, lo amamos tan poco? ¿Por qué tanta filosofía fría y tan poca religión de corazón afectivo? ¿Por qué hemos llegado a pensar que la misma palabra amor, cuando se aplica a Dios, significa una cosa diferente de la cálida extensión de las simpatías del corazón que sentimos hacia un amigo?". Tal vez, cuando se aplica a él, significa una mezcla de temor y reverencia que se acerca más al miedo e incluso al terror que al amor. ¡Ah! Todo esto viene de tener ideas falsas y paganas acerca de Dios; aún no hemos visto que Dios es amor. Cuando lo hayamos visto, el amor perfecto echará fuera el temor, porque el temor es un tormento.

Pero uno dice: "¿Cómo voy a amar a Dios? Lo he intentado una y otra vez". ¡Pobre alma! No lo intentes más. El amor no viene de esa manera. No es empujado desde dentro por ningún tipo de resolución; es atraído desde fuera, por la visión de lo que es precioso y amable. Detente; deja de luchar y de intentar; *míralo a Él* tal como se revela en su obra y en su palabra. ¿No es él el más hermoso entre diez mil, la Rosa de Sarón, el Lirio de los Valles, el más bello de todos? ¿Acaso no contemplan ahora tus ojos al Rey en su hermosura? Dios sabe muy bien que toda justicia es simplemente amor para él, y sabe que es imposible para nosotros llegar a amar lo que no nos inspira amor; por eso

la creación y la redención son esfuerzos gemelos del Divino para revelar su poderoso amor al alma que se detenga a mirar y a vivir. Es su amor el que pintó para tus ojos el rubor de belleza en la mejilla de la rosa. Para regalar a tus sentidos dio a esa rosa su perfumado aliento. Los delicados tintes y trazos de las mil formas de la belleza en tu camino son las muchas evidencias de su amoroso cuidado, un cuidado que, abarcando todo se inclina desde las alturas de las estrellas y los soles para notar la caída del gorrión. Ah, él es quien amontona las nubes del atardecer en formas tan maravillosas de templo y lugar y pirámide, derramando sobre todo tales torrentes de luz dorada, para iluminar el mismo borde de la oscuridad, que a través de estos portales mágicos casi imaginamos que se encuentra la ciudad de nuestras esperanzas y sueños, y todas nuestras aspiraciones y anhelos parecen no estar lejos de realizarse. ¿No te habla su voz en todo esto, diciéndote que en el mismo cierre de la noche del dolor y la oscuridad y la muerte puede llegar a ti el estallido del día más hermoso?

¿No es su amor del que cantan los pájaros? Y del murmullo del pino sacudido por el viento, ¿no rompe su simpatía suspirante en tu alma? El incesante rompimiento del océano en la playa rocosa, ¿qué es sino el palpitar de su poderoso corazón contra las barreras del egoísmo y del pecado que te alejan de él? Escucha. ¿No late el corazón en simpatía con la tristeza y el dolor humanos? ¿No se extienden esos poderosos brazos para envolver y abarcar a toda la tierra? "¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas, oh Israel, que mi camino está oculto del Señor, y mi juicio ha pasado de largo ante mi Dios? ¿No lo has sabido? ¿No has oído que el Dios eterno, el Señor, el Creador de los confines de la tierra, no se cansa ni se fatiga? No hay búsqueda de su entendimiento." No debemos limitar su cuidado ni poner límites a su amor.

El que tiene los mundos en el hueco de su mano, el que "saca y los llama a todos por su nombre, por la grandeza de su poder, pues es fuerte en poderío; ninguno desfallece", él es quien dice, "Consolad, consolad a mi pueblo". Él es quien pone nuestras lágrimas en su botella y las escribe en su libro. Ojalá que los hombres miren y escuchen hasta que el pensamiento de Dios se revele en las innumerables formas de la naturaleza, y hablándoles a través de sus variadas voces, pudiera estremecer sus propios corazones con su amor divino. Entonces la soledad y el aislamiento del alma hambrienta desaparecerán, y por encima y por debajo y alrededor de nosotros, nos envolveremos con él, hasta sentir y conocer la presencia simpática de esa mente cuyo poder sostiene el universo, pero cuyo amor escucha el más suave suspiro de dolor. Entonces, con Carlisle podríamos decir: "Ah, más dulce que la voz de la madre para el niño que se extravía desconcertado en el mundo sin caminos, llega este evangelio a mi corazón. El universo ya no está muerto y endemoniado, un mausoleo poblado de espectros, sino divino, y de mi Padre."

¿Y qué podemos decir aquí de la revelación del amor de Dios en la redención? ¿Con qué palabras hablaremos, incluso de lejos, de lo indecible? Esto podemos decir con Pablo: ¿Quién nos separará del amor? "¿Acaso la tribulación, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Más aún, en todas estas cosas somos *más que vencedores* por medio de aquel que nos amó. Porque estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura *podrá separarnos* del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, nuestro Señor." Sino que, habitando Cristo en nuestros corazones por la fe, estemos arraigados y cimentados en el amor, y seamos capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento, *para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios.*

Sí, conocer ese amor de Dios es estar lleno de su plenitud, porque Dios es amor. Toda la bondad, toda la justicia, es amor, y el amor nace del amor, lo humano de lo divino; así que lo más importante que hay que saber es que Dios es amor. Conocer esto es la vida eterna.